**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***17. El principio del fin***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***17. El principio del fin***

*¡Vengan a las aguas todos los que tengan sed! ¡Vengan a comprar y a comer los que no tengan dinero! Vengan, compren vino y leche sin pago alguno.* Isaías 55:1 (NVI).

**Introducción**

Israel fue una nación que debido a sus reyes se vio involucrada en un montón de problemas. Debemos preguntarnos si haber hecho a Dios su único rey los hubiera llevado a un resultado diferente. Este era por cierto el plan ideal de Dios que ellos rechazaron cuando pidieron un rey como tenían las otras naciones.

**Ningún otro rey más que Dios**

A través de los doscientos ocho años bajo treinta y nueve reyes, tanto el reino del norte (Israel) como el del sur (Judá) repetidamente le dieron la espalda a Dios, así que era tiempo de tomar medidas drásticas.

A través de sus profetas Dios advierte, suplica y persuade a las dos naciones, tratando de convencerlas sin cesar de que se vuelvan de su maldad para poder disfrutar de una gran relación con él. Eso es lo que Dios siempre ha deseado. Es el tema general de la Historia Primaria: «Te amo y quiero que seas parte de mi comunidad perfecta, y todo lo que tienes que hacer es darme el primer lugar en tu vida». Sin embargo, en la Historia Secundaria, tanto Israel como Judá no pueden dejar de adorar a todos los dioses de las naciones vecinas. Y como no adoraron al único Dios verdadero, también rechazaron sus reglas de vida y se convirtieron en un horrible y defectuoso reflejo del carácter de Dios. ¡La Biblia relata que hasta arrojaban a sus propios hijos al fuego como sacrificio a sus dioses paganos! Se dedicaban a cometer actos impíos los unos con los otros. Ignoraban *todos* los mandamientos que Dios les había dado. Si él los dejaba continuar en sus malvados caminos, nadie jamás conocería su verdadero carácter y por lo tanto nadie se acercaría a él. Dios esperó con paciencia a que entraran en razón, pero ellos lo ignoraron. Les dio innumerables oportunidades de alinear la Historia Secundaria de su pueblo con *su* Historia Primaria, pero ellos estaban contentos con seguir viviendo como si él no existiera. Era tiempo de que Dios actuara, y lo hizo de manera decidida. Según la Biblia, eligió a otra nación –Asiria, casi el equivalente de la moderna Siria– para que invadiera Israel, la derrotara y deportara a sus ciudadanos a su propia nación. Así de simple, Israel el reino del norte dejó de existir. Desapareció para siempre. La historia se refiere a las personas que fueron deportadas a Asiria como «las tribus perdidas de Israel», ya que sencillamente no existieron más como tribus, mucho menos como nación. Lo que probablemente sucedió fue que los asirios los separaron y enviaron a varias ciudades, donde tuvieron casamientos mixtos y finalmente perdieron su identidad cultural. Estos descendientes de Abraham, a los que les había dado su tierra y que una vez habían adorado a Dios y gozado de su providencia, ahora eran removidos de su presencia de forma permanente, echados del jardín.

De modo que ahora todo lo que queda de la nación especial de Dios es Judá, al sur. El rey de Judá en ese tiempo era Ezequías, y justamente él fue uno de los reyes buenos. Como seguro recordarás, hubo un total de treinta y nueve reyes en Israel y Judá durante ese período de doscientos ocho años, y solo cinco honraron a Dios. Ezequías fue uno de esos cinco tipos buenos. El quitó todos los ídolos que había dejado su malvado predecesor y condujo a sus ciudadanos al único Dios verdadero. Como resultado de su fidelidad, Dios lo recompensó con el éxito en su reinado. Durante ese tiempo Judá prosperó. El remanente de la nación especial de Dios vio un aumento en la alfabetización y la producción de grandes obras literarias. También se incrementó su poder militar.

**Enfrentando los mismos retos, pero de la mano de Dios**

Aun así, siendo tan pequeña, Judá era vulnerable al ataque, y los asirios acababan de aniquilar a Israel. Ahora se encontraban en la frontera de Judá, ansiosos por eliminar también a la nación de Dios, pero primero el rey de Asiria le ofrece a Ezequías una oportunidad de rendirse. No obstante, Ezequías se niega a hacerlo.

Entonces el rey intenta intimidar a los ciudadanos de Judá, advirtiéndoles que no debían confiar en el Dios de Ezequías, pero ellos permanecen fieles a su rey. Cuando el ataque parece inminente, Ezequías se vuelve a su verdadera fuente de fuerza. Se arrodilla y ora, y las palabras de su oración muestran que sabe algo sobre la Historia Primaria de Dios: “Ahora, pues, Señor y Dios nuestro, por favor, sálvanos de su mano [del rey de Asiria], para que todos los reinos de la tierra sepan que sólo tú, Señor, eres Dios” (2 Reyes 19:19).

Ezequías capta el asunto. Él sabe que la manera en que viva su vida reflejará el carácter de Dios, así que honra al Señor siendo un rey justo y recto y llevando a su pueblo a vivir del modo que él les ordena. Sabe que, si su diminuto reino sobrevive a un ataque del muy superior ejército asirio, todos conocerán que Dios es quien dice ser y que los dioses paganos de los asirios no tienen poder. Sabe que nada de esto tiene que ver con él, sino con Dios. Y dado que Dios está detrás del asunto, sabe también que Judá sobrevivirá de algún modo al ataque del ejército más grande y poderoso, el ejército asirio.

Al final resulta que *no hubo* ataque. El ángel del Señor entró en el campamento del ejército asirio que estaba aguardando a las afueras de Judá y mató a ciento ochenta y cinco mil soldados enemigos. El rey se levantó de mañana y descubrió que su ejército estaba completamente exterminado, todos muertos en el suelo. El poderoso y arrogante rey de Asiria reunió lo que quedaba de sus tropas, se retiró a Nínive y se quedó allí. Fue una victoria decisiva que una vez más demostró el amor de Dios por su nación especial.

**Extraviando nuevamente el camino**

Pensarás que después de ver lo que le ocurrió a Israel y la forma milagrosa en que Dios los guardó de una suerte similar, Judá nunca consideraría abandonar al Señor y regresar a adorar a los ídolos. No obstante, si has estado prestando atención, sabes que a la nación escogida de Dios parece resultarle difícil vivir para él cuando todo anda de maravillas. Ezequías murió después de servir fielmente a Dios por treinta y nueve años. Luego su hijo Manasés heredó el trono, resultando ser todo lo contrario a su padre.

Mientras que Ezequías quitó los ídolos, Manasés los reinstaló, construyendo incluso altares a los dioses extranjeros en el templo de Jerusalén y demostrando así una actitud arrogante contra Dios. Él declaró su lealtad a esos dioses paganos adorándolos en público, lo cual era una insinuación directa del modo en que todos los habitantes de Judá debían vivir. En vez de buscar el consejo de Dios, consultó a los hechiceros y espiritistas, una práctica expresamente prohibida por Dios. Incluso arrojó a su hijo al fuego en uno de los altares como sacrificio a un dios pagano. La Biblia describe el estado de Judá bajo Manasés indicando que era más impía que ninguna otra de las naciones que Dios había destruido anteriormente (2 Reyes 21:1-9).

Ten en cuenta que este era el remanente de la una vez poderosa nación que Dios había escogido para llevar a cabo su plan de crear una comunidad perfecta en la cual todos pudieran gozar de su presencia para siempre. Más específicamente, el Mesías prometido –el Rey de reyes– iba a venir de Judá. Sin embargo, la nación le había dado la espalda a Dios y estaba sumergiéndose cada vez más en las prácticas abominables de una manera que sobrepasaba la maldad de cualquier otra nación. Dios tenía que hacer algo. Él le dio a Manasés un indicio a través de un mensaje de uno de sus profetas: “Voy a enviar tal desgracia sobre Jerusalén y Judá, que a todo el que lo oiga le quedará retumbando en los oídos” (2 Reyes 21:12).

Cuando alguien escucha algo así, puede ser guiado a reconsiderar sus caminos y volverse una persona religiosa enseguida. No obstante, a pesar de las advertencias a Manasés y al pueblo, “no le hicieron caso” (2 Crónicas 33:10). Mala decisión. Dios levantó al ejército asirio para capturar a Manasés de la forma más humillante. Le pusieron un gancho en la nariz, le ataron las manos y los pies con grilletes, y se lo llevaron a plena vista de sus súbditos. Después lo condujeron a Babilonia y lo mantuvieron como prisionero en esa nación pagana. Con el tiempo, años después de la muerte de Manasés, los babilonios destruyeron la ciudad capital Jerusalén y deportaron a todos los residentes de Judá a Babilonia.

Manasés, el poderoso monarca que pensó que era demasiado grande para Dios (aun cuando era apenas un adolescente cuando llegó a ser rey), se sentó en la celda oscura y húmeda de una prisión y clamó a Dios. Acostumbrado a los banquetes fastuosos, con suerte recibía algo de pan enmohecido y agua turbia. Los dioses que adoraba no tuvieron poder para protegerlo o rescatarlo. El Dios al que repetidamente rechazó fue quien al final lo liberó.

Para todo propósito práctico, la nación que sería tan central en el plan de Dios para toda la humanidad ya no existía, lo cual solo podía querer decir una cosa: Dios quebrantó una importante promesa que le había hecho al rey David hacía cuatrocientos años antes. ¿Cómo pudo ser que el pueblo de Judá hubiera sido deportado a Babilonia cuando Dios les había prometido que serían una nación y que de esta nación vendría el Mesías? ¿Cómo alguien podía confiar en un Dios que no cumple sus promesas?

**¿Qué acaso no cumple Dios lo que promete?**

Entonces entra en escena otro mensajero, quizás el profeta más conocido de la Biblia: Isaías. Al igual que todos los otros profetas, el primer mensaje de Isaías apunta a llamar al pueblo a regresar a Dios y apartarse de la maldad. No obstante, es probable que sea más conocido entre los cristianos por sus profecías acerca del Mesías. Aunque el Mesías no llegaría hasta después de otros setecientos años más o menos, Isaías sabe claramente lo que Dios está planeando en la Historia Primaria.

El mensajero de Dios, Isaías, le reasegura a Judá que Dios no permitirá que continúen cautivos en Babilonia para siempre. Después de un tiempo, él los llevará de nuevo a casa, no porque se lo merezcan, sino por guardar la promesa que le hizo a David y continuar con su plan de darles a todos una oportunidad de tener una relación con él. Cuando Isaías concluye el mensaje del Señor para Judá, él revela el propósito divino de salvar a su nación especial: “Sabrás entonces que yo soy el Señor y que no quedarán avergonzados los que en mí confían [...] Toda la humanidad sabrá entonces que yo, el Señor, soy tu Salvador; que yo, el Poderoso de Jacob, soy tu Redentor” (Isaías 49:23, 26).

Dios *nunca* rompe una promesa.

La Historia Secundaria de Judá –como muchas de nuestras propias Historias Secundarias– es un desastre. Sin embargo, Dios se especializa en usar los desastres para hacer avanzar su grandiosa Historia Primaria. Nada puede frustrar su incesante pasión de proveer una manera de que regresemos a él. Desearía poder decir que mi propia historia con Dios ha sido una trayectoria constante de acercarme cada vez más a él. Que desde el momento en que inicié una relación con Dios fui como Ezequías, el rey bueno. No obstante, la verdad es que ha habido tiempos en los que he apartado mi enfoque del Señor y lo he puesto en otras cosas, al punto de que han sido más importantes que Dios. Al principio el objeto de nuestros afectos puede parecer inofensivo, pero rápidamente se puede transformar en un estilo de vida que nos lleva a adorar a un ídolo. Esto es lo engañoso de las tentaciones que enfrentamos cuando las cosas marchan bien.

Me puedo imaginar fácilmente Manasés comenzando su reinado con toda la intención de ser un gran rey como su padre. Al ser ungido por los sacerdotes del templo, seguro declaró su fe en el Dios verdadero y lo hizo con sinceridad. Pero luego su ojo captó la exótica belleza de una estatua de oro. ¿Qué tan dañino podía ser colocar esa estatua en el altar del templo de Dios? Uno podría alegar que en realidad hacía que el templo luciera más hermoso. Tal vez él razonara que todos los dioses están de algún modo conectados cósmicamente para formar una copiosa colección de deidades, ¿así que por qué no adorarlos a todos ellos?

Porque Dios nos ama tanto que no puede permitirlo. Sabe que para que tengamos una relación con él, la misma debe ser pura. Cualquier otro tipo de relación no será una relación en lo absoluto. En el Nuevo Testamento a los creyentes se les llama la “novia” del Hijo de Dios. ¿Qué novio quiere pararse en el altar y ver a su novia viniendo por el pasillo con otros cuatro o cinco “novios” a su lado? Dios nos promete habitar en su perfecta comunidad para siempre, y todo lo que pide de nosotros es que lo amemos solo a él y respondamos en humilde obediencia a la guía que nos ofrece.

**Conclusión**

Dios claramente castiga a los reyes malos por su iniquidad, pero también castiga a las dos naciones, Israel y Judá. Incluso permitió que dos potencias paganas como Asiria y Babilonia jugaran roles cruciales al castigar a las naciones que fueron escogidas por él de una forma especial a fin de llevar a cabo su plan divino para toda la humanidad. No creo que esté yendo más allá al sugerir que Dios les pide cuentas tanto a los individuos como a las naciones.

Dios esperó con paciencia durante doscientos ocho años antes de decidir finalmente que no podía seguir permitiendo que su nación lo rechazara y también a sus caminos. ¿Llegará el día en que se le acabe la paciencia con los Estados Unidos y otras naciones del mundo? Los Estados Unidos han existido por casi el mismo lapso fatal de tiempo. No tengo la respuesta, pero la idea de que esto podría suceder debería motivarnos a todos los que amamos a Dios y confiamos en él a orar por nuestra nación. No solo a orar, sino a buscar poner a Jesús en el trono de nuestras vidas a fin de ser la clase de esposos, esposas, padres, vecinos, miembros de iglesias y ciudadanos que harán lo bueno.

Cuando los que creemos en Dios vivimos de la manera en que él nos llama a vivir, nuestra nación puede ser transformada –algo que Dios puede hacer a través de mí o de ti– si estamos dispuestos a enfocarnos en la Historia Primaria. En cuanto a mí y mi casa: «No hay otro Rey más que Jesús».